

Presentación

Introduction

MARITA SOTO - ORCID 0009-0009-7325-1007

(pág 9 - pág 12)

Me gusta prologar. Como esperanza, ofrece una bienvenida entusiasmada por la oportunidad de sugerir lecturas. De creer en esas lecturas. Así es para mí.

Ventanas, miradores, rendijas, atajos, puentes, pasadizos...

Las cotidianidades nos descubren encarnadas en guías, mapas, bordes, danzas, sonoridades, objetos, memorias, desmemorias, ensueños, insomnios, amaneceres y despertares. Nos animan a una apertura incesante hacia las espacialidades privadas y públicas, así como a los universos ficcionales y no ficcionales. Todo está ahí. Todo puede ser descubierto o redescubierto. Pero solo una escansión del espacio-tiempo cotidiano cede el paso a la experiencia de observar nuestro entorno.

Cuando hace más de veinte años, en el marco de una investigación sobre estéticas de la vida cotidiana, era necesario definir el campo de observación, fue importante saber qué aspectos íbamos a privilegiar en la definición, dado que el objetivo principal era, en ese momento, discriminar una serie de prácticas en el espacio cotidiano y privado. No nos servía una definición sobre lo temporal o lo situacional de la cotidianidad. Adoptamos entonces una definición espacial del entorno sometido a observación.

Sí, en cambio, nos hubiéramos propuesto investigar la esteticidad de las maneras de mesa y su transmisión familiar —y no la de la puesta del entorno *mesa servida* a través de un conjunto de operaciones, como fue el caso—, tendríamos que haber desplazado la definición hacia los aspectos de la interacción. Para eso, la lectura sugerente de E. Goffman habría habilitado la distinción entre el front y el back, ya no del espacio, sino de la performance de los actores, de las acciones, de los cuerpos y de la gestualidad tramitadas. Las miradas sobre la cotidianidad pueden enfatizar distintos aspectos: espaciales, como el recorte de lugares; ambientales, de entornos tanto privados como públicos; temporales, referidos a ciclos, repeticiones, ritmos; o situacionales, como las acciones y los intercambios que van configurando el ámbito mismo. Las definiciones de vida cotidiana juegan roles variados según la perspectiva elegida para responder a diferentes objetivos e hipótesis de investigación.

Este número de *deSignis* lo demuestra y lo amplía.

En primer lugar, ofrece un recorrido por las aperturas que han hecho posible una reflexión múltiple sobre las relaciones entre estética y vida cotidiana. Apoyada en una experiencia de tres décadas, generosa en investigaciones y formulaciones, Katya Mandoki discute el estado actual, las fortalezas y las deudas del campo. A partir de allí, se abre el juego.

En nuestros movimientos y desplazamientos cotidianos nos orientamos para detenernos o para seguir de una manera certera. En los recorridos diarios, atravesamos espacialidades que dibujan trayectorias e indican límites que nunca lo son del todo. Mutan,

se transforman y se nos presentan oscilando entre la nitidez y la opacidad. Múltiplemente complejas, las cotidianidades tensan su condición “amorfa, caótica o irregular”, como plantea Froilán Fernández al describir la situación de la frontera, siempre de paso, con el carácter inercial de las rutinas fatalmente repetidas. Por su parte, a través del análisis de las normas de tránsito, la señalética y la relación de los ciudadanos con ellas, Sebastián Moreno compara usos y costumbres de Bélgica y Uruguay, para mostrarnos cómo la corte-sía dialoga con las regulaciones según las idiosincrasias locales. Pero los nuevos habitantes de una ciudad trasladan y expresan diferentes culturas que modifican la vida cotidiana del lugar de llegada. Juan Ramírez Martínez y Yulier Díaz Rodríguez centran su interés en la transformación de la ciudad de Bayamo —Cuba— a partir de sus migraciones internas. Definen una serie de dimensiones analíticas para abordar la complejidad del fenómeno y abren, de este modo, un diálogo con otras propuestas metodológicas. Por fin, los itinerarios urbanos y no urbanos, en la reflexión de Gustavo Markier, quedan plasmados en los mapas, objetos construidos a dos voces en más de un sentido: la propuesta y la búsqueda; lo prodigado por la cartografía y la necesidad coyuntural del caminante; las direcciones posibles y el sendero plausible.

La esfera política y sus capacidades para generar cambios institucionales también aparecen convocadas. María José Bórquez se asoma a la vida en hospitales, cuando los programas de lectura y escritura dejan ver las posibilidades de acompañamiento para una mejor estancia y recuperación. En un espacio signado por la preocupación y el dolor, el libro suele constituir una llave, no solo como entretenimiento o fuga, sino como experiencia con la literatura misma. Por su parte, Ángel Rodríguez alerta sobre las consecuencias de las nuevas derechas en la vida cotidiana: cotidianidades amenazadas y restringidas por concepciones que reducen nuestra capacidad de colaboración, que acortan los horizontes y nos separan de los otros.

Desde otra faceta del hacer político, algunas experiencias artísticas toman la vida cotidiana como escenario privilegiado para discutir un cierto estado de las cosas. En un tiempo cercano, por ejemplo, la crisis sanitaria de la Covid-19 sacudió y alteró la vida privada y pública en todos sus aspectos. El repliegue de la vida “hacia adentro” transformó hábitos, relaciones afectivas, vínculos institucionales, modos de trabajo y de entretenimiento. Este período singular retorna en este número para ser observado una vez más. Susana Szperling y Susana Termperley nos acercan tres casos de puestas coreográficas producidas durante la pandemia. En ellas, analizan los cuerpos libres o aprisionados, envueltos en sus emociones y contingencias, inmersos en cotidianidades conflictivas en relación con la propia corporeidad, la de los otros y la del mundo transformado. Por otro lado, una vez dentro de los espacios privados, podemos descubrir que los objetos esculpen los ambientes y al modelarlos traen sus propias historias: a veces forman parte de legados, más o menos conflictivos; en otras ocasiones y bajo otras decisiones, son incluidos por rasgos novedosos que inauguran así sus narrativas singulares; también se los reutiliza, modificando su destino inicial. Marcos Mondoñedo nos trae, en esa línea, dos ejemplos de libro-objeto en los que se despliegan nuevas posibilidades de interacción y de lectura: revela conflictos en la disputa de soportes en uno de los casos, mientras que en el otro el intercambio se abre hacia el espacio del juego. E Irene Klein reflexiona sobre el concepto de narratividad —diferenciado de narrabilidad—, para mostrar la fuerza de los objetos en las construcciones literarias, no solo como mecanismos de verosimilización sino también como encarnadura escritural.

Los universos ficcionales audiovisuales observados y analizados en este número comparten una pregunta sobre la relación entre territorio y cotidianeidad. Alejandra Alonso describe así las costumbres y las tradiciones que conforman los escenarios cotidianos en las aventuras que transcurren en América Latina en las producciones de Disney. Tensionada por mandatos enunciativos, la convivencia de temporalidades diversas, con sus ritmos, exasperaciones y retornos, nos acerca o aleja de la identificación de las cotidianidades propuestas. Por su parte, Mónica Kirchheimer reflexiona sobre el costumbrismo y sus efectos de verosimilitud en los relatos. A partir del tratamiento de cuerpos, espacios y modas vestimentarias en dos series argentinas contemporáneas —*Envidiosa* y *Viudas negras*—, analiza un ambiente cercano que habilita las disrupciones narrativas. En una búsqueda cercana, Gustavo Aprea se pregunta por los recursos que otorgan credibilidad al juego transpositivo de *El Eternauta*. Encuentra que, en esa realidad distópica, la construcción de la vida cotidiana de los personajes, con sus debilidades y quiebres —mucho más que por la virtud heroica—, es lo que sostiene la historia y la posibilidad de contarla.

Abandonando el universo ficcional, Mariano Zelcer se detiene en las nuevas formas de búsqueda de información en la vida diaria a través de la incorporación de dispositivos, plataformas y programas. La tensión entre *ir en busca de un dato* y *esperar que el dato aparezca* nos traslada a situaciones enunciativas inéditas, que modifican nuestras habilidades para sortear obstáculos y encontrar respuestas. Por otra parte, yo me permito una reflexión metodológica a partir de un trabajo de campo que rescata la importancia de la experiencia estética en las estrategias de supervivencia que mujeres en situación vulnerable pusieron en marcha durante la crisis pandémica.

En la sección “Puntos de vista”, dirigimos la mirada hacia el retorno permanente de paisajes diurnos que suceden a escenas nocturnas, y en ese retorno, se nos aparecen otros habitantes y otros haceres. Nos encontramos, por ejemplo, con pobladores espectrales de una temporalidad que no parece ser, la del insomne. María Laura Guembe nos lo presenta desde una serie de obsesiones literarias para luego reflexionar sobre el lugar de los medios y las redes en el acompañamiento de esos seres que viven en la ambigüedad del ayer y del mañana. En segundo lugar, ante las imágenes de Julieta Steimberg, asistimos a escenas casi íntimas de la vida *puertas adentro*, puestas en escena en las que se han retenido las huellas de cada momento del año, traducidas en luces y sombras en combate, insinuando temperaturas y prodigalidades. Se incluye también, por haber abierto una pregunta sobre nuestros despertares como recomienzos, una versión revisada para este número de un artículo de Oscar Steimberg presentado en el V Congreso Latinoamericano de Semiótica sobre vida cotidiana, en Buenos Aires, en 2002.

En la sección “Discusión”, José Luis Petris revisa las nociones de *semiosis* y *desfase* en C. S. Peirce y E. Verón. Por un lado, revitaliza las distintas tríadas peirceanas de interpretantes, manteniendo la complejidad de sus articulaciones; por otro, distingue los campos de aplicación del concepto de *semiosis* en ambos autores; finalmente, abre la posibilidad de comprender la tensión entre previsibilidad y trastocamiento, entre rutina y azar.

En la sección “Perspectivas”, Sebastián Nabón Fernández nos invita a detenernos en el silencio en la vida cotidiana y sus efectos en la reorganización perceptual y afectiva del entorno. La separación momentánea suscitada por el silencio, el giro de la atención hacia otros mecanismos de comunicabilidad y la consecuente redefinición de los intercambios son puestos en relación con la dinámica de la vida de todos los días.

Por último, en la reseña de Sebastián Moreno del libro *Sentidos de los espacios de consumo*, encontramos una mirada complementaria sobre lo cotidiano, que nos trae la descripción de rituales extraordinarios en espacialidades que contrastan con los escenarios habituales.

Agradezco a Darío Steimberg la lectura atenta y la edición experimentada que procura y protege la vitalidad de la escritura.

Propusimos en la convocatoria de este número de la revista que partíamos de una premisa: la vida cotidiana no es simplemente el telón de fondo de lo extraordinario, sino un campo dinámico de sentido, atravesado por rutinas, ritmos, gestos, regulaciones, objetos, afectos, resistencias y narrativas. Siguiendo a autores como Ágnes Heller, Henri Lefebvre, Katya Mandoki, Oscar Steimberg, Michel de Certeau, Herman Parret o Yuri-ko Saito, entre tantos otros, intentamos pensar —y aquí va el resultado, aunque, como siempre, permanezca en tránsito— lo cotidiano no como lo gris o lo banal, sino como el espacio donde lo natural y lo social, lo individual y lo colectivo, lo sensible y lo simbólico se entretejen de forma compleja, conflictiva y cambiante.

Las cotidianeidades nos llevaron a los territorios, a las idiosincrasias, a las singularidades.

Lo mínimo, lo repetido, lo transitado nos retornan a casa.